

LA VIDA Y LA OBRA DE JUAN RULFO

La biografía de Juan Rulfo resulta muy valiosa para ayudarnos a comprender su actitud hacia la vida, actitud nacida de sus propias experiencias y de las experiencias de los campesinos de la región. Quizá importe conocer la biografía de Juan Rulfo más que la de cualquier otro autor, porque el mundo real y el mundo psicológico de sus cuentos tienen relación con su niñez y su juventud.

Juan Rulfo nació en el año 1918 y fue inscrito en el pueblo de Sayula, uno de los pueblos de su novela *Pedro Páramo*. Jalisco, su provincia natal, se ha convertido en un símbolo, o imagen general en la obra de Juan Rulfo. Su historia está aliada a la historia de su patria, México. La guerra de los cristeros le dejó sin familia, obligándole a irse a un orfanato que era casi un reformatorio, según nos dice Hugo Rodríguez Alcalá en la página 51 de su libro *El arte de Juan Rulfo*. Así, los primeros años de su vida no fueron muy felices, y tal parece que la adversidad le perseguía como algo inevitable. Por eso, no es sorprendente observar que todos sus cuentos se desarrollan bajo una gran nube de fatalismo. Esas experiencias durante diez años, que son las más importantes en la vida de Rulfo, han dado color a toda su visión de la vida y del mundo en general. El pesimismo y el fatalismo penetran todas sus ideas y su obra literaria. En los cuentos de Rulfo nadie se escapa del destino fatal que les persigue despiadadamente y les convierte la vida en una pesadilla y una carga insoportable. Todos los autores escriben sobre lo que conocen y utilizando este conocimiento demuestran temas más universales. Aun los cuentos de los autores a quienes les gusta lo fantástico, son simplemente extensiones de la realidad, inversiones de la verdad de este mundo. Y en muchos casos estas inversiones explican o dan otra dimensión a la vida.

Los temas generales de que tratan los cuentos de Rulfo son los establecidos por su vida personal. La trágica vida del campesino mexicano preocupa a Rulfo y le provee de la temática para toda su obra. El mundo de *Es que somos muy pobres* es un mundo hostil donde las muchachas son condenadas a una vida inmoral por falta de dinero. Luvina es un pueblo que aunque está muerto, mata a todos, física y espiritualmente. Luvina, como Jalisco en la vida de Rulfo, es el purgatorio en que viven los campesinos mexicanos, en que «viven» los muertos. En Luvina nunca llueve y nunca brilla el sol, el rocío nunca cae y el aire está negro. Llueve

en el pueblo de Tacha, pero la lluvia es una fuerza destructiva. El paisaje por donde marchan los dos personajes de *El hombre* es descrito por Rulfo como «seco y roñoso de espinas y de espigas secas y silvestres». Todo esto es el mundo brutal del campesino mexicano.

No sólo la naturaleza hace insoportable la vida de los pobres. En este mundo grotesco de Rulfo se pierde toda perspectiva moral. Las normas que sigue el mundo civilizado no se aplican en él. Las hijas se hacen pirujas, familias enteras son exterminadas, padres odian a sus hijos, hijos odian a sus padres, hermanos matan a sus hermanos. Pero lo terrible, lo repulsivo, es que todo parece natural, es lo normal en este mundo de Rulfo. En *La cuesta de las comadres* un viejo hace la narración y habla del asesinato que él ha cometido, pero habla sin ninguna señal de remordimiento, o como si su acción hubiese sido una ocurrencia cotidiana. En *El hombre*, él tiene algunas dudas, pero no se ve nada extraño en la necesidad supuesta de matar a cualquiera. Pero esta inversión de morales no está limitada a los individuos pobres, los campesinos. Parece que la naturaleza y los otros hombres fuera de la región, como el gobierno, se hayan aliado para destruir a los campesinos. La pobreza, forzada sobre los campesinos en *Es que somos muy pobres*, destruye a la familia porque dos hijas se hacen pirujas por falta de un capitalito, y después, la naturaleza, en forma de una inundación, arrebató a la última hija su capitalito, que es su salvación. Porque la tierra en *Diles que no me maten* es muy pobre, el ganado de Juvencio Nava no tiene nada para comer, y así, él tiene que matar a su compadre, el representante del gobierno que tiene el prado. El juego macabro de José Alcancía y Urquidí no es nada humano, y las leyes son las del salvaje. Hay poco de humano en un tigre que da caza a su víctima, que a su lado mata a niños. El título de *El hombre* es un chiste horroroso, porque los personajes no son hombres, o quizá el autor quiere decir que el hombre en general no es humano.

Juan Rulfo se siente fascinado por la muerte, y en sus cuentos él investiga todos los aspectos de este fenómeno, y específicamente en cuanto a la vida del campesino. En *Es que somos muy pobres* vemos la muerte moral y espiritual de una familia. La última esperanza de los padres para proporcionar una vida decente a sus hijas es destruida. También el becerrito, y Tacha, la muchacha, es condenada a la vida muerta de una piruja.

En *Diles que no me maten*, Rulfo nos presenta el temor a la muerte. Él analiza las reacciones que van del miedo por el racionalismo y la esperanza falsa, al pánico completo. El deseo de vivir sobrepasa todos los otros deseos. Así Rulfo, en *Diles que no me maten* dice: «No tenía ganas de nada. Sólo de vivir.» Lo paradójico de esto es que su vida, si puede llamarse

vida, es nada más que la huida y la desgracia. Es muy interesante ver cuánto vale la vida, cualquier vida, cuando la muerte se le acerca.

Luvina y *No oyes ladrar los perros* tienen un aspecto semejante, la visión de la muerte como algo esperado y deseado. *Luvina* es el purgatorio, el pueblo de los vivos que están muertos espiritualmente. Les falta solamente la muerte física que va a librarles de la vida que ha perdido todo sentido. En *No oyes ladrar los perros*, la vida es una carga corpórea y solamente la muerte de la carga puede librar al pobre de su vida. La vida de este pobre es un parásito que roba el espíritu y los sentidos de todos. Así, la muerte natural, si ocurre, es un favor divino.

El hombre es un cuento complejo donde la división entre el ser físico y el ser psicológico está bien evidente. Aunque el cuento es una mezcla de pensamientos, alucinaciones, recuerdos y actualidades, el ambiente negro que circunda todo no se nos escapa. El sentido de lo inevitable es más importante porque demuestra el fatalismo del autor. Las reacciones de los personajes, como dice Diane E. Hill en *Integración, desintegración e intensificación en los cuentos de Juan Rulfo*, publicado en la «Revista Iberoamericana», tomo XXXIV, núm. 66 (1968), son predeterminadas pero eso no mata el interés de la historia, sino da un nuevo papel al lector. Porque sabe el lector lo que va a pasar, le hace cómplice en la acción. Aunque sabe lo que va a ocurrir, no puede hacer nada para detenerlo, y este sentido de la frustración da énfasis a lo inevitable de la muerte, a que se dirige la acción del cuento.

Hay que señalar algo del estilo y el lenguaje que utiliza Juan Rulfo para desarrollar sus temas. La cualidad más impresionante de su lenguaje es la sencillez con que él expresa sus ideas. Lo más importante es que el tipo de lenguaje y los temas son aliados porque aquél subraya éstos. Describe a la gente pobre de México en su propio lenguaje, que a veces es sencillo y a veces brutal. Rulfo utiliza también muchos caminos de tiempos y narradores. Distingue la realidad de la ilusión utilizando estos medios también. La combinación de la estructura, a veces compleja, y la sencillez del lenguaje, dan una gran fuerza a la prosa de Juan Rulfo.

Algunas imágenes y símbolos aparecen por toda su obra. De éstos, el símbolo del agua es el más importante porque tradicionalmente indica un renacimiento y la vida, pero en los cuentos vemos otra inversión irónica del mundo de Rulfo. La gran fuerza destructiva de *Es que somos muy pobres* es el río, un río sucio que no trae el nacimiento, sino la muerte; no la purificación moral, sino la certidumbre de la declinación espiritual. A causa del desastre, Tacha se une al río perverso, sus lágrimas son parte de él.

En *El hombre* el personaje, la víctima, busca el río, busca la vida y la salvación, pero cuando se acerca al agua un ambiente de somnolencia comienza a dominarle. «Uno podría dormir allí» dice Rulfo, cerca del río que no respira. El río simboliza su muerte y cuando él llega, el río termina, y después de ser bautizado por sus aguas, el hombre se muere.

Luvina demuestra el uso convencional del agua, como en *Diles que no me maten*. Luvina nunca ve la lluvia, con la excepción de las grandes inundaciones destructivas, y por eso, toda está seco y desolado. Toda la vida de Juvencio Nava está en la tierra, pero la lluvia no viene, y la milpa, producto de la tierra, como Nava, muere por falta de agua.

Hay también muchas alusiones a las fuerzas destructivas por medio del uso de colores oscuros: los ríos sucios, el aire y el viento negros, y los sucesos que ocurren durante la noche. Las imágenes claras y oscuras son tradicionales en toda la literatura, y Juan Rulfo las utiliza muy convencionalmente: lo claro es la vida y la esperanza; pero lo oscuro representa la muerte y la desintegración.

Juan Rulfo, aunque trata de la vida de los campesinos mexicanos, no es solamente un historiador. En su obra, como muy bien apunta Donald K. Gordon en *Juan Rulfo: cuentista*, publicado en «Cuadernos Americanos», tomo VI (1967), «la faz adversa de la naturaleza y las emociones humanas quedan tan bien retratadas que tienen validez donde quiera que vivan los desheredados de la tierra».

MIRIAM ADELSTEIN.

Universidad de Guelph.
Canadá